

Bienvenidos a la Península Ibérica que debería haber sido: Insólita publica «El lingotazo», la nueva novela de Sergio S. Morán

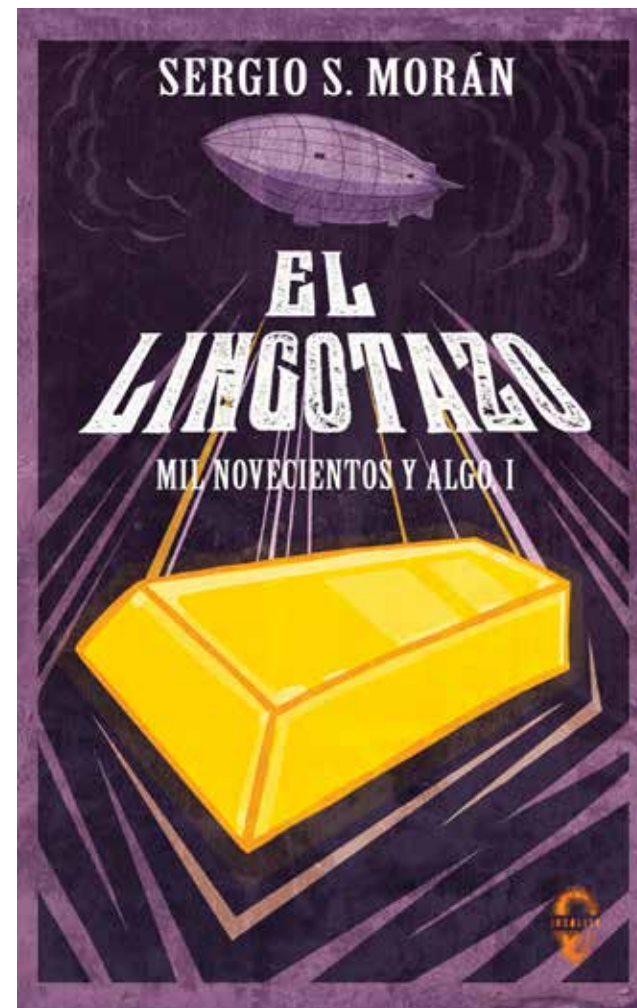
Insólita Editorial publicará el próximo 3 de junio la nueva novela de Sergio S. Morán: *El lingotazo*.

Península Ibérica, mil novecientos y algo. Hispania y Lusitania, con las arcas vacías y las Indias revueltas, deciden unirse en un solo reino de dos tronos fundando el Birreino de Hisperia. En él, la Inquisición cohabita con las criaturas mágicas, los galeones dejan paso a los poderosos barcos de vapor y los dirigibles surcan los cielos que hace siglos pertenecieron a los desaparecidos dragones.

Izel, una mestiza proveniente de un extraño pueblo aztéxico; Félix, un sonriente mecánico norteño, y Lucas, un poeta metido a periodista, encuentran accidentalmente un lingote de oro de ocho kilos con un pegajoso rastro de muerte adherido a él.

Perseguidos por un misterioso asesino, recorrerán Hisperia a bordo de barcos, trenes, autobuses y dirigibles pirata en busca de una respuesta a la pregunta: «¿A cuántos muertos equivalen ocho kilos de oro?».

Bienvenidos a la Península Ibérica que debería haber sido: magos, inquisidores, piratas y toda clase de criaturas mágicas pueblan el mundo en mil novecientos y algo.



Sergio S. Morán
El lingotazo

ISBN: 978-84-948986-8-6

Tamaño: 14 x 21,5 cm

Nº de páginas: 360

PVP: 19 euros

**También disponible en ebook
(6 euros)**



FECHA DE PUBLICACIÓN: 3 DE JUNIO DE 2019

Contacto para entrevistas:
prensa@insolitaeditorial.com
Tel. 646.584.537



Sergio S. Morán se dedica a matar gente, en su mayoría ficticia.

Por si fuera poco, es el autor de la serie de libros de «Parabellum» (*El dios asesinado en el servicio de caballeros* y *Los muertos no pagan IVA*) y de los cómics de *Enseñanza Mágica Obligatoria*. También trabaja como guionista en *El Vosque* junto con Laurielle.

Ha explorado el mundo de «Mil Novecientos y Algo» junto con James Stapleton y una botella de whisky. En homenaje a dicha investigación, nace la primera novela de la serie: *El lingotazo*. (Fotografía del autor: © Silvia Mollat)

EL LINGOTAZO

Avance del primer capítulo

El montículo de piedras que bloqueaba el paso por el puente se asemejaba en forma y finalidad a un ogro de caminos empeñado en evitar que nadie cruzase. Por si la metáfora fuera demasiado sutil, a su lado un auténtico ogro de caminos se mantenía firme, observando con actitud desafiante a los viajeros que se acercaban.

El ligero convoy dudó y, con un gesto de uno de los agentes de la Santa Hermandad, los dos caballos y el furgón blindado se detuvieron, emitiendo bufidos de queja bajo el aplastante sol de la tarde.

—Es claramente una emboscada —comentó uno de los agentes más experimentados, enunciando en voz alta algo tan obvio que podría haber sido dicho por cualquiera de los otros agentes más jóvenes, o por uno de los caballos.

—Pues no podemos detenernos. Ordenadle que se retire o encargaos de él —gritó con voz autoritaria y segura el teniente desde el interior del furgón blindado, mientras tamborileaba nervioso los dedos en el volante. No era momento para emboscadas, tenía órdenes muy precisas de llevar la mercancía hasta su destino, sacrificando su vida y la de sus hombres por el camino si eso fuese necesario. El teniente no estaba de humor para andar

sacrificando vidas, al menos la suya. No con este calor. Ordenó a sus hombres cargar y preparar su armas, mientras el subteniente caminaba aferrado a su rifle hacia el ogro que le esperaba pacientemente.

Los cascos de los caballos repiqueteaban inquietos en las paredes del desfiladero, acompañados del rumor del río que bajaba casi seco y del motor a vapor del furgón. En el cielo, un buitre que sobrevolaba la zona descendió, atraído por la tensión del momento. En su experiencia como buitre, los momentos de tensión solían ir seguidos de momentos de distensión muy escandalosos, con eventual intercambio de insultos y disparos, y finalizaban con momentos de relax en los que los perdedores adoptaban forma de delicioso cadáver.

El ave, negra como la sombra que tanto escaseaba en el camino, se posó en un balcón natural para observar la escena. Mientras intentaba adivinar cuál de las figuras que se movían varios metros por debajo de él sería su cena, el subteniente llegó al puente, arma en mano.

—Buenas tardes —empezó el agente con más educación que entereza, llevándose la mano a la cabeza a modo de saludo. El ogro repitió el gesto, pero quizá por un despiste, o quizá con toda intención, su enorme mano se dirigió a la cabeza del subteniente en lugar de la suya. Con un gesto igual de rápido, lo desmontó de su caballo y lo lanzó por los aires sin esfuerzo. Antes de que el subteniente tuviese tiempo de llegar a comprender qué pasaba, su morro y el del furgón blindado chocaron a gran velocidad, resultando en victoria aplastante para el vehículo.

—¡Fuego! —ordenó el teniente mientras sacaba su rifle de debajo del asiento.

El otro agente a caballo comenzó a disparar asustado, pero el ogro ya se había refugiado tras el montón de piedras, que apenas notaron el cosquilleo de las balas, haciéndolas rebotar.

El copiloto del furgón, un también experimentado alférez, abrió la caja que había detrás de los asientos, y comenzó a buscar entre todas las armas ahí disponibles. Un disruptor mágico capaz de detener ataques por parte de hechiceros, una granada de metralla ligera capaz de detener a las velocísimas pero frágiles hadas, un saco con monedas de oro capaz de detener a cualquier funcionario del gobierno local, y lo que buscaba.

El alférez salió del furgón y comenzó a cargar la escopeta para elefantes, mientras veía como las balas de fusil de sus compañeros apenas

hacían mella en la piel del monstruo, que agarraba una de las mayores piedras del montón y la lanzaba contra la cabina del vehículo.

La enorme roca aterrizó reventando la luna, el motor y toda la parte frontal del furgón, teniente incluido. El buitre, de haber nacido con boca en lugar de pico, estaría sonriendo. Ya tenía dos deliciosas comidas entre las que elegir, y si la escaramuza iba rápida, podría comerse a una antes de que otros de sus congéneres se acercasen a merodear su comida como buenos buitres que eran. Cuando ya había decidido mentalmente que empezaría por el teniente recientemente pasado por la piedra, ya que así ahorraría mucho tiempo en masticar, una detonación se produjo a su lado.

La roca que observaba el encuentro junto a él se había quitado el disfraz y demostró no ser más que otro humano que, armado con un rifle de mira telescópica, acababa de abatir al alférez antes de que este llegase a disparar su escopeta para elefantes.

El buitre huyó volando, ofendido por la actitud de una piedra tan maleducada, y buscó otro lugar desde donde seguir el curso de los acontecimientos, a ser posible en compañía de rocas más comedidas y menos escandalosas que su vecina.

El ogro se acercó lentamente mientras el francotirador derribaba al último agente, antes de que este pudiese ni siquiera adivinar de dónde venían los disparos y de dónde solo su eco. Tras asegurarse de que ninguno de los cuatro hermanitas respiraban, ambos se acercaron al furgón.

Julio Jiménez era también conocido como el Atracador, porque su pueblo cerca de la frontera entre Navarroya y Castilleja no era muy propenso a la imaginación, y si alguien atracaba convoyes, no se iban a molestar en llamarlo el Carnicero, o el Estudiante. El Atracador observó el terreno, los cadáveres y, finalmente el furgón. Por desgracia, la resistente mole de hierro no había aguantado el impacto de los proyectiles que había lanzado el ogro, primero en forma de agente, y luego de piedra. El motor había dejado de hacer el ruido petardeante que indicaba que funcionaba, y el vapor salía por lugares que no estaban diseñados para ello. Por un momento se planteó si el precio que había pagado por los servicios de aquella mole humanoide para este trabajo especial habían merecido la pena, pero llegó a la conclusión de que si quería llevarse la mercancía, necesitaría aquella montaña de músculos que había recibido balazos como si fuesen simples picaduras de tábanos.

Además, tenía otras ventajas. El furgón, aunque destrozado a nivel de ingeniería, seguía siendo una efectiva caja fuerte con ruedas, y para acceder al interior, necesitaría ayuda de su antiguo socio Jaime el Cerrajero de Cajas Fuertes, o el uso de una fuerza particularmente bruta.

—Ábrelo —ordenó Julio mientras retiraba la escopeta de elefantes del cadáver del alférez.

El ogro ni siquiera asintió, ya que para eso tendría que pensar mucho y se le olvidaría cómo caminar. Se acercó a la parte trasera y agarró la puerta del furgón, reventando los dos candados con la misma facilidad que habría reventado unos cráneos.

Un rayo amarillento acompañado de un trueno seco salió del interior del furgón en el mismo momento en el que se abrió la puerta y aterrizó en la cabeza del monstruo. Para cuando Julio tuvo tiempo de levantar la vista, la puerta ya se había vuelto a cerrar, y el corpachón del monstruo se desplomó en el sitio, a diferencia de su cabeza, que no parecía encontrarse en su lugar habitual, ni en ningún otro cercano.

«Magos», pensó Julio, sorprendido. Que el Cuerpo de Agentes de la Santa Hermandad usaba magos no era ningún secreto. Lo que no quitaba que fuese algo excepcional. El precio que había pagado por el chivatazo cada vez le parecía un dinero mejor invertido, y más ahora que no tendría que compartir el botín con el ogro. Si el convoy estaba protegido por un mago es que lo que transportaba tenía más valor de lo que creía. Decidido, Julio se acercó a la caja de la cabina y encontró entre los restos del arsenal un explosivo calorífico sorprendentemente intacto. Con tranquilidad y la escopeta para elefantes en una mano, activó la runa del artefacto y lo lanzó bajo el eje trasero del furgón.

Las llamas estallaron y crecieron rápidamente, haciendo que el ardiente sol se convirtiese en la segunda fuente de calor del desfiladero, aunque solo fuese por unos pocos grados. Las llamas envolvieron la caja del furgón, transformándolo en un horno en cuestión de segundos. Julio se colocó en frente de la puerta trasera, apuntando con el arma preparada. Si ese estúpido mago decidía salir, la escopeta lo enviaría de nuevo hacia dentro. Si decidía quedarse, el buitre que sobrevolaba la escena probaría la comida precocinada por primera vez en su vida.

Tras unos segundos en los que a Julio le llegaba el abrasador calor de las llamas, la puerta se abrió y de su interior salió un colorado y asfixiado agente, boqueando con la sana intención de respirar un aire

que no hiciese arder sus pulmones. Lo único que encontró fue el disparo a casi quemarropa de Julio que, para su sorpresa, no devolvió al agente al interior, sino que desintegró un tercio del cuerpo del hechicero de manera que por un momento la matanza del pueblo de Julio pasó por su cabeza.

El Atracador pudo ver entonces el interior del furgón y supo que todo el trabajo había merecido la pena.

Oro.

Lingotes de oro. Pocos, muy pocos, la verdad, pero inusualmente grandes. Julio tenía algo de experiencia vendiendo cosas que había «encontrado» en el interior de los maleteros de los pocos coches que optaban por esa ruta, pero se veía incapaz de calcular a cuántos reales equivaldrían esos enormes lingotes. Ni siquiera le molestaba pensar que el furgón, y por tanto el oro, ahora mismo ardían. Eso era mera logística, ya enfriarían, el trabajo estaba hecho. El color rojizo que adquiriría el oro por momentos, a pesar de que las llamas empezaban a apagarse, tampoco le preocupaba. Su cerebro solo podía pensar en la cantidad de dinero que tenía ante sus ojos.

Suficiente como para no tener que trabajar nunca más en su vida.

Y tenía razón.

Tras un tiempo prudencial, el buitre regresó hacia el desfiladero. La enorme explosión se había sentido incluso en las alturas. La onda expansiva había hecho vibrar el aire de tal manera que había optado por esconderse tras una montaña en previsión de alguna réplica.

Al volver al cabo de unos minutos, el buitre vio cómo el desfiladero ahora parecía haber crecido en tamaño y evolucionado en un humeante cráter, y no quedaba rastro ni del furgón ni del camino.

Ni de su cena, maldita sea.